BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

Inongo-vi-Makomè

Mam'enying! (Cosas de la vida)

[selección de fragmentos]

Edición impresa

Inongo-vi-Makomè, *Mam'enying! (Cosas de la vida).*

En

Inongo-vi-Makomè (2012) *Mam'enying! (Cosas de la vida).*
Barcelona: Ediciones Carena. (pp. 69-74)

Edición digital

Inongo-vi-Makomè, *Mam'enying! (Cosas de la vida)* (2013)
Dulcinea Tomás Cámara (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Febrero de 2013

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso

Mam'enying! (Cosas de la vida)
Inongo-vi-Makomè

«Capítulo IV»

Después de cambiar de avión en París, el que le trasladaba desde la capital francesa aterrizó por fin en el soleado aeropuerto de Alicante, hacia las doce del mediodía siguiente. Le esperaban Prats y García, los dos socios de su padre que él ya había conocido en Camerún. Le condujeron al hostal donde tenía que alojarse hasta que abriera sus puertas la residencia universitaria.

Era el final de agosto, el verano tocaba a su fin, y con él, la masiva afluencia de turistas extranjeros y nacionales que llenaban la ciudad y que habían venido a tostarse al sol y a bañarse en las aguas azules de esa parte del mar Mediterráneo. Aquella diversidad de gente, la luz y la alegría que proyectaba la ciudad en aquellos días, impactaron al joven Abaga Mikwe. Aprovechaba todo el tiempo libre que tenía, que era casi todo el día, para pasear y conocer la ciudad donde había venido a realizar sus estudios universitarios. De Europa, hasta entonces solo sabía que era un continente frío, nunca pudo imaginar que hubiera alguna parte de él tan llena de luz y calor. Estaba contento y se sentía bien. Las tardes eran espléndidas. A pesar de la aglomeración de gente por las calles, sobre todo en las zonas cercanas a la playa, se percibían las caricias de la brisa que salía del mar. A Abaga Mikwe le gustaba ese ambiente. No sabía cómo serían otras ciudades europeas, pero aquella le encantaba. Deseó con todas sus fuerzas que sus amigos de Camerún pudieran verle pasear en aquellos momentos. Estaba feliz.

Pero, a medida que pasaba el tiempo, la ilusión de los primeros días fue cediendo el paso a una sensación rara. Una sensación extraña que no sabía definir. Y es que el joven Abaga Mikwe iba haciéndose a la idea de que ahora se encontraba en un ambiente distinto. Acostumbrado a ser continuamente reconocido y agasajado en su pequeña ciudad de Eblolowa allá donde iba, estaba descubriendo que en Alicante era un perfecto desconocido.

Fuera del hostal donde se hospedaba, y donde le dispensaban un trato exquisito, Abaga Mikwe se iba dando cuenta con el tiempo de que solo era uno más entre la multitud de gente que poblaba la ciudad, uno más entre los muchos «nadies» que llenaban su nuevo lugar de residencia. La soledad y, sobre todo, aquel anonimato le atormentaban. Él, que había sido alguien en alguna parte, es decir, en su tierra, su ciudad, descubría de pronto que no era nada. La luminosidad y todas las maravillas de tan bella ciudad mediterránea, en vez de iluminarle, parecían ensombrecerle, empequeñecerle, convirtiéndole en un desconocido para sí mismo y para todos los que pasaban a su alrededor.

A diferencia de su pequeña urbe en Ebolowa, en Alicante todas las calles estaban asfaltadas. Y mientras las fachadas de las casas grandes y pequeñas estaban teñidas del polvo rojizo de los caminos, allí, en Alicante, todo era brillo. Sí, la ciudad brillaba pero Abaga Mikwe tenía la sensación de que esa luz no le alcanzaba. El tiempo, la gente y hasta diría que la propia vida pasaban en Alicante a toda prisa. Y sentía que nada ni nadie reparaba en él, en su presencia.

La tristeza causada por su soledad tendía a llevarle a veces a arrepentirse de haber venido. Pero la pena retrocedía cuando recordaba los aires de grandeza que se dio frente a sus conocidos, tan pronto como supo de su viaje a Europa. También pensaba en cómo sería cuando regresara a Camerún para pasar sus vacaciones. Entonces desaparecía su angustia. De hecho, un día, un amigo le llamó desde Camerún:

–¿Cómo has obtenido mi número…? –preguntó Abaga Mikwe extrañado, tan pronto como reconoció la voz del otro.

–Se lo pedí a tu padre. Como no decías nada desde que te fuiste… –le explicó el amigo.

–Perdona, es que todavía intento aclimatarme…

–¿Cómo te va…? –quiso saber el otro.

Al notar la voz de admiración con que su amigo le hacía la pregunta, Abaga Mikwe se vio en la obligación de decirle otra cosa:

–Me va muy bien. La verdad es que esto es como el Paraíso… Las cafeterías, las discotecas, las chicas…

–¡Qué envidia me das!

–Algún día tendrás la oportunidad de venir y verlo con tus propios ojos –dijo Abaga Mikwe.

Cuando colgó, su ánimo mejoró. Acababa de encontrarse a sí mismo. Era el Abaga Mikwe adulado y que amaba la adulación. Pero luego le vino la tristeza al retornar a su realidad. Sus últimas palabras tendían casi a advertir a su amigo de que él mismo tendría la oportunidad de descubrir la realidad de ese Paraíso que otros le habían descrito y que él mismo le acababa de confirmar. No obstante, pensó que su suerte podía cambiar.

Abaga Mikwe se dijo que con el tiempo se acostumbraría al ambiente. Que la vida le volvería a sonreír del modo en que estaba acostumbrado. Su problema en ese momento podía deberse a que su viaje había sido algo precipitado. Hasta entonces no tenía muy claro que fuera a estudiar fuera de Camerún. Y si tenía que ir al extranjero, lo menos que podía imaginar era que su destino fuera España. Pero ya estaba allí. Sus anfitriones, los dos socios de su padre, le habían brindado una buena acogida. Estaba bien alojado y en pensión completa. Le extrañaban los alimentos, pero no importaba. Dos semanas después de su llegada, Prats y García retornaron a Camerún. Le dejaron un teléfono por si necesitaba algo.

El teléfono era de una señorita llamada Magdalena Puig, la secretaria de ambos. Pero ella tenía la consigna de evitar a toda costa que Abaga Mikwe fuera a verla al despacho. La había llamado unas cuantas veces, pero la secretaria, con mucha amabilidad, intentaba solucionar todo por teléfono.

La última vez que ella le llamó al móvil fue para indicarle que en dos semanas iniciaría sus estudios de lengua castellana.

Abaga Mikwe no era una persona acostumbrada a pasar penalidades. Desde su infancia lo obtuvo todo. Se lo habían dado todo. Su padre pertenecía a la segunda generación de la burguesía negra africana surgida después de las independencias. Una burguesía constituida en su mayoría por altos funcionarios del Estado, con plenos poderes y responsabilidades en sus respectivas áreas de trabajo, que se enriquecían no tanto por los salarios que percibían, sino gracias a lo que se apropiaban a cuenta de los presupuestos oficiales destinados a los departamentos que les confiaban… Amén de otros *wuru wuru*, que en su Camerún natal significaba asuntos turbios o, sencillamente, corrupción.

El joven Abaga Mikwe no sabía nada de aquello. O no quería saberlo. Y, si lo sabía, no pensaba que el autor de sus días fuera corrupto. Otros puede que sí, pero no su padre. Para él, su padre era un santo. Por otra parte, en Camerún, ser funcionario del Estado y robar en sus propias arcas no se consideraba como algo malo. Casi formaba parte de la tradición. No hacerlo sí que podía parecer realmente raro. Los hijos, como era el caso de Abaga Mikwe, nunca se planteaban si sus progenitores se encontraban entre los causantes de los males de su país. Por eso nunca se habían preguntado cómo se había hecho rico su padre tan solo con un sueldo, y sin disponer de algún negocio visible.

La nueva situación parecía indicarle que muchas cosas las tendría que resolver él solo. Se dijo que haría amigos y disfrutaría de toda la belleza y las ventajas que le dispensaba su nuevo lugar de residencia. Para conseguirlo decidió forzar la situación. Frecuentaba asiduamente algunos lugares emblemáticos de la ciudad. Le gustaba, sobre todo, pasear por la rambla. Hacia el atardecer, cuando bajaba el sol, caminaba por el paseo marítimo. Veía a la gente tumbada en la arena, o jugando, chicas con anatomías de ensueño exhibiendo sus pechos desnudos y exuberantes… También le gustaba sentarse en la terraza de alguna cafetería próxima a la rambla, y contemplar el ambiente mientras tomaba su bebida.

Uno de los problemas que tenía Abaga Mikwe era él mismo. Hasta entonces no había sido consciente de su dificultad para hacer amistades. Ahora empezaba a conocerlo. Sí, lo estaba descubriendo. Estaba descubriéndose a sí mismo. Empezó a darse cuenta de ello al comprobar que por mucho que intentara entablar conversación con algún desconocido, hombre o mujer, la cosa no cuajaba. Él, hasta entonces, había vivido en un ambiente donde eran los demás quienes querían hacer amistad con él. En Ebolowa, tanto en el instituto como en la calle, eran los demás quienes se esforzaban siempre para aproximarse a él. Apenas sucedía lo contrario. Su timidez y su falta de confianza en sí mismo se vieron siempre disimuladas o camufladas por su posición social en la comunidad. Precisamente, por no saber diagnosticar esas carencias suyas no conseguía ver que el motivo de no conseguir entablar amistad con nadie podía estar en él. Para él, la gente de la ciudad de Alicante era rara… Esta fue su conclusión cuando, aún después de forzar la situación para aclimatarse mejor, no conseguía entablar amistad alguna.